

EL CUENTO DEL ESCRITOR



JUAN GARODRI

A eso de las once, Carlos Salustio dejaba los expedientes de la Dirección Provincial y se acercaba hasta el Europa a tomar su café caliente. Allí alternaba con otros colegas que hablaban de pirados y reclamaciones, ya sabes, esos tipos que no aprueban el primer ejercicio de la oposición y se cobijan en las denuncias sindicales por no ajustarse los tribunales a la legalidad. Mientras inspectores y jefes se aposentaban junto a la cristalera para aprovechar el paso de las tórtolas, con lo que daban de lado a la aridez burocrática, Carlos Salustio hablaba de semántica con Rosa Felicia Schettino, la única con tragaderas adaptadas a la especulación.

Carlos Salustio opinaba que es complicado el tema de la semántica. Hablaba con la taza del café en la mano izquierda para poder gesticular con la derecha.

—Puestos a desentrañar significados —decía—, tú percibes las diferencias que pueden darse entre batalla y riña, por poner un ejemplo.

—O entre piso y casa, por poner otro —respondía Rosa Felicia Schettino. Y se movía los labios con el vaso de zumo—. Si me apuras, también podemos señalar diferencias de significado en el campo nocional del que maneja la pluma.

—Escritor, escribiente, escribidor —enumeraba Carlos Salustio.

Y sorbía un poquito de café de la taza.

—Letraherido, plumilla, plumífero —añadía Rosa Felicia Schettino—. Pero no es fácil, créeme.

A pesar del humo de los cigarros y de las voces del camarero que pedía a la cocina dos de tortilla, Carlos Salustio acomodaba la figura del escribiente a épocas anteriores a la aparición de la sacrosanta triple www.

—El escribiente conseguía el sueldo rellenando a mano facturas y balances.

—Sí, o caligrafiando las actas de los plenos del Ayuntamiento.

—O se quemaba las cejas en las trastiendas de las zapaterías y en las oficinas de los constructores para cuadrarles las cuentas.

—En definitiva, era escribiente porque escribía. Y mucho —decía Rosa Felicia Schettino con la voz tan dulce porque no fumaba.

Uno del Zurbarán palmeó la espalda de Carlos Salustio y le dijo eso de cuánto tiempo sin verte, coño. Después besó a Rosa Felicia Schettino y la piropeó con la camaradería de la antigüedad. No se explicaba cómo podía conservarse tan guapa, que parecía que el tiempo no pasaba por ella, y qué había sido de Mario Anselmo, su anterior pareja, conviviste con él cinco años ¿no?, con lo que Rosa Felicia Schettino carraspeó y el del Zurbarán percibió que se había puesto plasta. Hasta luegoito, dijo. Y se alejó.

—Los hay de campo —dijo Carlos Salustio. Y continuó:

—El escritor, en cambio, pertenece a otro mundo.

—Te refieres, sin duda, al escritor de antes.

Carlos Salustio no entendía por qué le entraba tristeza cuando hablaba de escritores. No era una tristeza psíquica sino epidérmica. Una conmoción nerviosa que hacía que le temblara la mano que sostenía la taza de café. Rosa Felicia Schettino advertía la agitación y lo miraba con la claridad azul de sus ojos.

—Sí. El escritor de antes se pasaba las horas escribiendo en un cuaderno a rayas.

—Con pluma de oca o con estilográfica recargable, según los tiempos.

—Escribía sobre los sentimientos líricos, las pasiones narrativas y los desenlaces dramáticos hasta que conseguía transformar las posibilidades en realidades verosímiles.

—Con la habilidad de la maestría verbal, el conocimiento de la propiedad léxica y el talento de la coherencia conceptual —remataba Rosa Felicia Schettino con cierta ensoñación—. Ahí tienes, sin ir más lejos, la nómina de escritores relacionados en cualquier manual de literatura.

Rosa Felicia amaba la literatura pero le resultaba cada vez más insoportable dar clase de literatura. Ahora recordaba la clase que la esperaba después del recreo, miraba el reloj y se apresuraba a apurar el zumo. ¿Por qué siempre que se está a gusto hay que trasladar el cuerpo al lugar del disgusto?, pensaba.

—O los nombres de escritores famosos que aparecen en las listas de ventas de los suplementos literarios —concluía Carlos Salustio.

—Esos no me gustan —decía Rosa Felicia Schettino arrugando la nariz, como si se refiriese a pastelitos de nata.

A Carlos Salustio tampoco le gustaban los pastelitos de nata, así que se adhirió al rechazo con el torcimiento de boca adecuado.

—En cuanto al concepto de escritor —añadía—, anda y pregúntale por su significado a Vargas Llosa.

—Y en cuanto a lo de letraherido —proseguía Rosa Felicia con el gesto aún arrugado por lo de los pastelitos de nata—, pregúntale al ‘agente provocador’ de Père Gimferrer.

— O, tal vez, a la facundia suficiente de Luis Antonio de Villena —decía Carlos Salustio.

Y chasqueaba la lengua después del último sorbo de café.

—Ahora, eso sí, por lo que se refiere a lo de plumífero y plumilla, pregúntale a mi amigo Severino Miranda.

—¿Miranda? ¿El de la poesía de la experiencia? —preguntaba sorprendida Rosa Felicia Schettino con el regusto insoportable de los pastelitos de nata.

—No, no es ése. Se trata de aquél que se enfrentó a Senabre por lo de la adjuntía.

—Senabre hilaba muy fino.

—Bueno, para no liarte, voy al grano. Y el grano trata de un amigo que yo tenía en los tiempos de la Universidad.

—Esas amistades enconadas en que sobreabunda la camaradería, supongo —decía Rosa Felicia Schettino sonriendo a medias. Sus dientes eran blancos y brillaban con la lucidez de la higiene.

—Sí, claro —concedía Carlos Salustio—, esas amistades entre amigos que comparten los contenidos de tres remolinos existenciales, a saber: uno, los apuntes de crítica literaria.

—O el paracetamol para los resfriados —añadía ella.

—Dos, las zapatillas de baloncesto.

—O la mutua soledad de las cogorzas de los viernes noche.

—Tres, las apetitosas turgencias de las muchachas en el campus.

—O las chapuzas culinarias en el piso —recriminaba Rosa Felicia con la dulzura de la feminidad—: No hay manera de que extirpéis los prejuicios sexistas. Nosotras también andábamos allá tras los muchachos macizos.

—Disculpa, no era esa mi intención. Simplemente quería constatar el hecho ligón de la postadolescencia.

Ella lo miraba fijamente, el rostro apoyado en la palma de la mano. Enlazó:

—O sea, Miranda y tú erais amigos.

—Sí. Y, como suele ocurrir dentro de las malas amistades, uno pide y otro da, de manera que él pedía porque yo solía acceder a lo que él solía pedir, hasta el punto de que utilizaba como norma de comportamiento la actitud parasitaria de las garrapatas a las que no hay desparasitador que las desparasite, una vez aferradas al pellejo.

El Europa se iba vaciando de clientes que dejaban el humo del tabaco en el entorno y las papelinillas del azúcar en el suelo.

—¿Por qué no endurecías tus concesiones? Las negativas suelen prevenir el abuso.

Era evidente que ella pretendía ayudarlo, convencerlo de que siempre puede haber una etapa mejor dentro de la fugacidad de los malos momentos. El se sentía interiormente apabullado, como si de nuevo apareciera la debilidad que lo empujaba a no enfrentarse con nadie, a acceder casi siempre a lo que le proponían. Ella adivinaba su debilidad, por eso le recordaba, con tenue sentido recriminatorio, que debía de haber endurecido sus concesiones. Ser blando le había valido de poco y no consiguió con su afabilidad y mansedumbre o debilidad o indolencia, no sabría definirte con acierto el qué de tu actitud, decía Rosa Felicia.

—No sé. Nunca me paré a pensarlo. La cosa es que, mientras él se largaba a dar una vuelta para ahuyentar el tedio de los atardeceres, yo permanecía en la habitación del piso, bien acodado en la roña de la mesa, devanándome los sesos para interpretar la velocidad caligráfica de mis apuntes y pasándolos a limpio para que él, convertido en rey del mambo, pudiera fotocopiarlos a la mañana siguiente.

—Resulta curioso que los hombres os ayudéis sin tener siquiera en cuenta un moderado sentido de la aversión —decía Rosa Felicia Schettino—. Y sonreía. Su sonrisa era de ángel malo y clarividente.

—Otras veces, la dificultad se agazapaba en el comentario de texto, actividad didáctica que Miranda odiaba porque lo relegaba a la figura adolescente de segundo de Bup. Era humillante tener que retroceder hasta los años insensatos del instituto. «Yo ya he traspasado ese estadio lechoso de sarampión mental», sentenciaba.

—No comprendo cómo podéis mantener una amistad que no existe. Con absoluta dedicación, además. Una amistad que os enemista —insistía Rosa Felicia Schettino.

Se refería probablemente a la actitud contradictoria que encadena entre sí a los hombres con la atadura del rencor amoroso. Mientras hablaba, se mordía un extremo del labio inferior y la saliva lo hacía brillar como una cereza.

—Pues nada, allí me tenías liado con el comentario de texto, una tarde tras otra, sin levantar cabeza para que el rey del mambo se tirase el farol de deslumbrar al personal, generalmente femenino, con la ficticia posesión de la lucidez interpretativa y con la descarada aserción de que, en consecuencia, los textos de Guillén, por ejemplo, y los del 27, en general, resultaban para él pan comido.

—La vida es de los listos —aseguraba Rosa Felicia Schettino—. Y su voz de plata dejaba caer una gota de conmiseración acibarada.

—Cuando yo terminé, Miranda se arrastraba todavía por tercero o cuarto de carrera y creo que aún le quedaba alguna de segundo.

Rosa Felicia advertía, sin duda, el voltorio victimista de la conversación y así se lo hizo ver a Carlos Salustio, «no debes lamentarte de haber sido débil: aquella debilidad era tu fortaleza», decía, no sin antes asegurar que comprendía perfectamente su punto de vista afectado por el resentimiento.

Permanecieron un momento callados, mirándose. Parecía raro que en vez de hablar de doña Leticia y el Príncipe, hubieran pasado el rato hablando de escritores. Era curioso que su mutua atracción se fundamentara en la literatura. En el Europa apenas quedaban clientes.

—¿Por qué no lo abandonaste? Podías haberte trasladado a vivir a otro piso.

—Lo abandoné, no volvimos a vernos. Y asentados en el hecho de que la memoria se vuelve perezosa y liviana, cada vez fueron distanciándose más acusadamente los recuerdos hasta el punto de que desaparecieron como la niebla o las nubes.

Ambos dejaron la mesa del Europa y se dirigieron a la puerta. Rosa Felicia Schettino tenía que regresar a su clase de literatura y Carlos Salustio a sus expedientes. En aquel momento, una voz lo llamó desde el fondo del bar. El profesor del Zurbarán aireaba un periódico entreabierto. Se acercó hasta ellos y les señaló una página. Carlos Salustio tomó el periódico, lo ojeó de arriba abajo y, cielos, era él. Un artículo a doble página con la firma en cursiva: «Severino Miranda. Escritor». Rosa Felicia Schettino y el del Zurbarán observaron sin comprender la repentina tragantada que le desencadenó la violencia insoportable de una tos enfadosa y salpicona. La palabra “escritor”, rodeada de ufanía, podía haberse atravesado en cualquier parte más o menos vulnerable de su anatomía, en los ojos, por ejemplo, y haberle vuelto la visión borrosa, o en las tripas, y haberle producido una aerofagia dispéptica y antiescritora. Pero no. Se le atravesó en la garganta como hueso de pollo que adoptaba la forma vanidosa de un plumífero devenido en escritor. Y siguió tosiendo al tiempo que se lo mostraba a Rosa Felicia.

—En este país, suele decirse, el más tonto sabe hacer relojes —afirmó con irritación.

—A no ser que Miranda se haya convertido milagrosamente en relojero —concedió Rosa Felicia Schettino con la hermosa ternura de la indulgencia maligna. J.G.
